

*En aquel tiempo, Jesús habló a la gente y a los discípulos, diciendo: «En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid todo lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos dicen, pero no hacen. Lían fardos pesados y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar. Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y agrandan las orlas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias en las plazas y que la gente los llame “rabbi”. Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar “rabbi”, porque uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo. No os dejéis llamar maestros, porque uno solo es vuestro maestro, el Mesías. El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».*

Jesús se dirige a las multitudes y a sus discípulos. Critica fuertemente la hipocresía y la vanidad de los líderes religiosos de su época. Por el contrario, nos propone vivir con humildad.

Jesús advierte contra la hipocresía de los líderes religiosos, quienes dicen una cosa pero hacen otra. Nos recuerda que la verdadera espiritualidad no consiste en apariencias externas o en buscar el reconocimiento humano, sino en la sinceridad del corazón y la coherencia entre lo que se dice y se hace, solo para gloria de Dios.

Jesús contrasta la actitud de los fariseos, que buscan ser vistos y reconocidos como grandes líderes religiosos, con la actitud que deben tener sus discípulos. El verdadero líder es aquel que sirve humildemente a los demás, sin buscar el reconocimiento o el poder.

Jesús nos llama a ser auténticos en nuestra relación con Dios y con los demás. Dios lo ve todo, incluso lo profundo de nuestro corazón. Esa visión de Dios sobre mí es lo único que verdaderamente me debe importar.

Por eso Jesús nos recuerda que Dios exalta a los humildes y humilla a los orgullosos. Los humildes esperan la recompensa sólo de Dios. Por eso no les mueve ni les importa los halagos humanos, ni las críticas de los demás, porque el criterio por el cual hace las cosas es la verdad y la bondad de Dios. El humilde ni se alegra ante los halagos, ni se entristece ante las críticas, justas o injustas. El humilde está en paz porque todo su interior es limpio delante de la mirada penetrante de Dios.

Jesús nos llama a vivir con autenticidad, humildad y sinceridad. Nos desafía a examinar nuestros corazones, nuestras intenciones, nuestros pensamientos, y ver si actuó por gloria propia, para buscar la aprobación de los demás, o la gloria de Dios.

Pidamos por intercesión de la Virgen, que el Espíritu Santo nos dé aborrecimiento de toda gloria humana, nos purifique por dentro, y nos dé pureza de corazón como María, un corazón más libre para servirle solo a Él y a los demás.